
CAPITULO XXX.

DETALLES HISTÓRICOS.

Un suceso de esa importancia, una declaración de guerra bien merece que fijemos sobre él detenidamente la atención y lo veamos en sus menores particularidades, aun á riesgo de algunas repeticiones. Nunca se estudiarán bastante estas graves crisis, y las consecuencias que han tenido para el mundo moderno. Nunca se verá con bastante detenimiento cuán horrible es enajenar la voluntad de los pueblos en manos de los Césares. La verdad es, que asfixiándose en la libertad, como el pez se asfixia en el aire, buscaba el turbio y cenagoso elemento de la guerra.

La declaración de guerra, en verdad, puso el colmo á los errores del Imperio. Al juzgarla, no oigamos la voz de ninguna pasión y apelemos al consejo desinteresado de la conciencia y á la idea pura de justicia. La revolución española de Setiembre acababa de echar nueva levadura democrática en la política europea. Los revolucionarios, contestes en la afirmación de un nuevo derecho, disientian radicalmente en el organismo que debiera contenerlo y afirmarlo. Unos aspiraban á la monarquía; otros á la República. La autoridad de los generales que consumaron la

revolucion, la fuerza y el prestigio de los partidos, el conservador y el progresista, contrastaron los esfuerzos del partido republicano, que además se presentaba dividido, habiendo pasado una parte considerable de sus huestes á la democracia monárquica. Cuando en la estación de Biarritz, al pié de los Pirineos, vió Napoleon pasar la antigua y sagrada familia de los Borbones herida por el rayo revolucionario, proscripta de su trono y de su pátria, para ir á confundirse con los reyes caidos, sombras de otras edades, ¡ah! debió sentir que un gran huracan removía también las raíces de su trono.

Así el asunto de todos los asuntos era entonces la persona ó la familia nueva que debía sustituir en el trono de España á la persona de Isabel II, y á la familia de Borbon. «La revolución española, decia Bonaparte en sus Memorias, se ha consumado al grito de «Abajo los Borbones» y sin embargo, hay un partido en Madrid, que habiendo recibido gruesas sumas del Duque de Montpensier, trabaja por exaltarle al trono. Tenemos profundo respeto por la voluntad nacional, y si el Duque de Montpensier fuera regularmente elegido, nada habriamos

de objetar. Pero antes que ese acontecimiento se consume, si es que ha de consumarse, interézanos decir nuestra opinion. Si la nacion española no quiere más Borbones, tanto mejor. Pero si de sus primeras impresiones se recobra no podría hacer peor eleccion que elevar al trono un Orleans, el cual repite la usurpacion francesa de 1830, y da el funesto ejemplo, de una hermana destronando á su hermana. Además, la situacion de España no es la mejor para elegir un príncipe de ideas muy concretas y de muy conocidos antecedentes. Si España pudiese soportar la República, sin correr el riesgo de la pérdida de su unidad nacional, comprometida por el restablecimiento de los antiguos reinos independientes, eso sería lo mejor, puesto que la daría tiempo de adelantar su educacion política, y de aprender á conocerse á sí misma. Y puesto que la República no es posible, todo cuanto á la República se acerque, resultará más provechoso. La suerte ha querido que haya un príncipe, el príncipe de Asturias, sobre cuya cabeza descansan todos los derechos de la monarquía. Tiene una edad en que las opiniones personales carecen de importancia y podría ser educado en las ideas del día lejos de aduladores y de intrigantes. Su edad reclama una regencia que sería ejercida por los hombres de más garantías para la revolucion. Y este régimen se parecería mucho á una República, cuyos agentes podrían ser cambiados por las Cortes; y el príncipe de Asturias no sería sino el niño encargado de llenar un puesto al cual no podría aspirar ningun ambicioso.»

Estas palabras encierran todo el programa de Bonaparte, y acaso fueron escritas en el silencio de un gabinete, para comunicarlas al general Prim, al general Serrano, á los directores de la revolucion española. Pero el general Prim no podía retroceder en su camino. La revolucion echó á los Borbones, y no había medio de restaurarlos. La Asamblea proclamó la monarquía, y era preciso personificarla. De aquí su larga odisea por toda

Europa en pos de un rey demócrata y revolucionario. Recuerdo que un día le dije yo estas palabras sobre las dificultades de su empresa: buscar en la tierra un rey demócrata, es como buscar en el cielo un rey ateo. Al año de la revolucion, ya se había fijado en el príncipe Leopoldo de Hohenzollern. Esto no tiene duda y se confirma por una carta de Drouyn de Lhuys, dirigida al Emperador con fecha de 17 de Noviembre de 1869, y que dice así á la letra: «Tengo el honor de poner ante los ojos de Vuestra Majestad, una carta confidencial y dos documentos que tratan de las diversas candidaturas al trono de España. Su autor pide un príncipe cualquiera, mayor de edad, y capaz del gobierno; pero en realidad el príncipe Leopoldo de Hohenzollern merece su preferencia. El Emperador encontrará utilidad en poder enterarse de esos escritos.»

¿Cómo es que entonces, en aquella sazón y hora, no mostraron las Tullerías ninguna agitación ni extrañeza? El Duque de Gramont nos lo explica satisfactoriamente en sus revelaciones diplomáticas. Por el mes de Marzo, en aquel mismo año, llegó á noticia de Napoleon que se urdía en Madrid la candidatura alemana. Inmediatamente el Embajador francés, Benedetti, se presentó en el ministerio de Negocios extranjeros y se avistó con el subsecretario Thile, á quien pudo comunicar sus recelos. El subsecretario le juró por su honor que nada sabía de ese proyecto y que no le prestaba ningun crédito. A los pocos días, vió á Bismark y le habló del mismo asunto. Convino en que se había tratado, pero añadiendo su invencible repugnancia á dejar al príncipe Leopoldo perderse en semejante aventura, repugnancia comunicada al padre del príncipe, y al rey Guillermo como jefe de la familia. Entonces fué cuando Bismark dijo con su natural facundia y su ruda franqueza, que ni Serrano ni Prim estaban por llevar rey alguno al vacío trono de España, que ambos á dos se dividían completamente á sus anchas.

Benedetti salió más tranquilo de aquella conferencia, pero no completamente seguro.

Por Julio de 1870 nadie pensaba en tamaña candidatura. Las Cortes españolas habían suspendido sus sesiones. El general Prim andaba de caza. Bismark se entregaba al ocio en su Hacienda de la Pomeriana. El rey Guillermo iba de pueblo en pueblo de baños. Y Napoleon, molestado por la gota, se daba á trabajos literarios. Prim y Bismark habían convenido en no tratar del asunto sino después de trascurrido el verano; y la imprudencia temeraria de Salazar y Mazarredo reveló el secreto, y lo divulgó por toda Europa. El tres de Julio se dirigió el Gabinete de las Tullerías á Berlin demandando explicaciones. Y el cinco de Julio estalló la primera interpelecion política sobre este asunto en el Cuerpo Legislativo.

El duque de Gramont que desempeñaba el ministerio de Negocios Extranjeros tenía indudablemente una significacion guerrera. Durante el conflicto entre Austria y Prusia, representaba á Francia en Viena, y mil veces había insinuado que Napoleon vengaría á Francisco José de su derrota de Sadowah. Bismark se reía de él y le llamaba el hombre más bruto de toda Europa. La brutal palabra llegó hasta los oídos del embajador francés y le ofendió en su amor propio. Así es que no pensaba solamente en vengar las ajenas derrotas sino las propias injurias. El día seis de Julio dió cuenta de las noticias oficiales sobre la candidatura y de las esperanzas que aun tenía de conjurarla. Pero al fin añadió estas graves y significativas palabras, con aire tan altivo y en tono tan amenazador, que todo el mundo presintió la guerra. «Fuertes con vuestro apoyo, señores, y con el apoyo de la nacion, cumpliremos nuestros deberes sin vacilaciones y sin debilidad. Emilio Ollivier también dijo algunas palabras. Pero las más expresivas fueron las siguientes: «Queremos la paz con pasion, pero queremos la paz con honor.»

¡Cuitado! O su política no era nada, ó su

política era la paz. En el momento mismo en que desencadenara la guerra, perdíase para siempre la libertad. Los cañones reemplazaban á los oradores. Las Asambleas se eclipsaban tras las rojizas nubes levantadas de los campos de batalla. El César, vencedor, recobraba su omnipotente dictadura, y desvanecía la mal segura libertad. Durante el período de la propaganda de su política rechazó la guerra con horror y dijo que la provocaban y la sostenían todos aquellos, más seguros de que no había de costarles ni una gota de sangre. Y, sin embargo, ya en el poder, tuvo sus veleidades guerreras. Cierta día que un amigo suyo le ponderaba las excelencias del ejército alemán, decía: ya soplaremos encima. No columbraba que la guerra era la necesidad primera del partido reaccionario del Imperio presidido por la Emperatriz Eugenia. No columbraba que todos los enemigos de las nuevas libertades pretendían resucitar la antigua autoridad en la infusion de la sangre caliente y humeante de las batallas. La Emperatriz Eugenia, frotándose las manos, exclamaba: yo la quiero, yo la deseo, esta es una guerra para mí. En efecto, la nueva ave de rapiña, el nuevo César no podía surgir sino del incendio y de la matanza. Así *El Constitucional*, periódico imperialista, sonaba á todo sonar la trompeta guerrera. Y *La Francia*, periódico que tenía ciertas relaciones con la Emperatriz, presentaba á la condesa de Flandes como autora de la candidatura de su hermano Leopoldo para en su día tomar pronta y grandiosa venganza de la pequeña y próspera Bélgica, blanco principal á que apuntaban las ambiciones imperiales. No había duda, la guerra era la muerte de la libertad, la vida del Cesarismo.

El 11 de Julio recibió el Gobierno de Francia importantes cartas é importantísimos telegramas de su embajador en Alemania. Estas cartas y estos telegramas aseguraban que nada había podido obtener de concreto; pero conjuraba al Gobierno ardientemente á que

no diese muestra alguna de armar ni de montar á sus gentes, puesto que entonces seria inevitable la guerra. Dos grandes desventuras tuvo aquel dia la política imperial. Habia dicho el ministro de Negocios extranjeros que todos los gobiernos de Europa daban razon al Emperador en sus quejas contra Prusia. Y lord Grandville habia contestado desde Londres que tal afirmacion no era exacta en cuanto se referia al Gobierno de la reina de Inglaterra. Luego, al ir Granmont á la Cámara y dar algunas explicaciones de esas que nada dicen, levantóse un diputado de oposicion, Mr. Arago, é interpeló al Gobierno preguntándole si además del incidente de Hohenzollern, habia alguna otra cuestion más grave en litigio. Si de la candidatura solamente se trataba, creia segura la paz. Y si además se trataba de otro asunto creia segura la guerra. Granmont queria contestar; pero todos los diputados le gritaron:—«¡Callad! ¡callad!»—Y tuvo que callarse, dejando á los ánimos sumidos en la mayor incertidumbre.

El dia 12 de Julio fué un dia decisivo. Los horizontes de Europa estaban de tal manera claros, que el embajador de Prusia no residia en París. Aquella mañana acababa de llegar y tenia ya pedida audiencia al ministro de Negocios extranjeros. Este le admitió al medio dia y le saludó como un nuncio de paz. En efecto, el baron Werther deseaba que las dificultades se allanaran y que las dos córtes vinieran á un acuerdo. En el momento en que ambos personajes hablaban, presentóse el Sr. Olózaga, embajador de España en París, é instó para ver inmediatamente á Mr. de Granmont, pues tenia algo importantísimo que comunicarle. El ministro observó al embajador de Prusia que la entrevista con el embajador de España debia ser trascendental é importantísima y le rogó que permitiera su recepcion en el acto. Hablaron, pues, el embajador de España y el ministro de Francia.

El Sr. Olózaga no habia sabido ni una palabra de las negociaciones prusianas. Prim

sostuvo su embajada en París como un medio de alejarlo del Congreso y desasirse así de un rival inquieto y terrible. En los consejos del Gobierno español se admiraba mucho su talento y su palabra; pero se temia mucho su amistad con los Emperadores y con los estadistas de Francia. Resintióse profundamente Olózaga de que se le hubiera tenido en aquella ignorancia, y despues de escribir amargamente á Prim, se consagró á desbaratar la candidatura prusiana. En efecto, llevaba un telégrama del príncipe Antonio, padre del príncipe Leopoldo, en el cual decia que, vistos los sucesos subsiguientes al anuncio de la candidatura, y considerando que el pueblo español pudiera elegir á su hijo más por punto de honor que por verdadera fuerza de conviccion, retiraba definitivamente la candidatura.

Obtenido esto, creia todo el mundo que estaba obtenida la paz. La causa del conflicto era la candidatura del príncipe. Retirada esta candidatura, la causa del conflicto habia cesado. Pero el partido de la guerra veia con dolor escapársele aquella coyuntura feliz de restaurar el Cesarismo. Parecíale que no era suficiente la renuncia. Parecíale que no satisfacía el orgullo de Francia la palabra directa del príncipe, si no iba acompañada de algunas palabras del rey. Este se habia parapetado siempre trás la idea de que era extraño á la combinacion y á la candidatura. Mas ¿cómo habia de ser extraño á una y á otra cosa, decian los franceses, cuando al venir á la Exposicion, y prolongar por ruegos del Emperador Napoleon su estancia entre nosotros, tuvo que pedir autorizacion y permiso al rey Guillermo? Se lo pedia para prolongar una visita, y no se lo hubiera pedido para aceptar una corona.

De todos modos la retirada de la candidatura era un síntoma pacífico. De Berlin telegrafaron que se consideraba aquel acto de Prusia como una humillacion semejante á la humillacion célebre de Olmutz. El Empera-

dor Napoleon dijo á dos embajadores; yo estaba pronto y lo tenia todo dispuesto. Lo siento porque la ocasion era buena. Mas lo mejor es la paz. Emilio Ollivier se encontró á Thiers en el salon de conferencias y le dijo, rebotando de alegría: tenemos la paz. Cuánto me alegro, exclamó el ilustre anciano. Por Dios, asidla bien, no la solteis. Descuidad. No la soltaremos, exclamó Ollivier. Pero el partido oposicionista no se daba por satisfecho. Clemente Duvernois preguntó las garantías, las seguridades tomadas por el gobierno para que la candidatura del príncipe no reapareciera. En esta terrible pregunta relampagueaba la guerra.

En efecto, el gobierno francés, lejos de darse por satisfecho, telegrafia á su Embajador en Prusia para que recabe nuevas seguridades, y hasta obtenga humildísimas excusas. El rey estaba en Ems, y allí estaba el Embajador. En paseo se encontraron, y el rey comunicó al Embajador un suplemento de la *Gaceta* de Colonia, en el cual se decia que la renuncia del príncipe era cosa decisiva. El Embajador, en cumplimiento de los telégramas de Francia, demandó una audiencia, á fin de pedir las garantías deseadas. El rey se negó á la audiencia, pero envió un ayuda de campo, diciendo: primero, que aprobaba la renuncia del príncipe Leopoldo; segundo, que daba por terminado este asunto; tercero, que si algo más queria se entendiera con sus ministros.

Los consejos de ministros que sucedieron á estas noticias, demostraron que la guerra entraba en los intereses y en los deseos de la dinastía. Al más vulgar sentir no podia ocultarse que, obtenida la renuncia, merced á las insinuaciones de Francia, esta recobraba en parte su influjo preponderante en los consejos de Europa. El rey, para evitar el conflicto, habia llegado al límite de las concesiones, habia llegado hasta dar su aprobacion explícita á la candidatura del príncipe Leopoldo. En la noche del catorce de Julio, y

en la madrugada del quince, pasaron los consejos en que se decidió la guerra. El Emperador Napoleon estaba inquieto y sombrío. De vez en cuando salia á la terraza de Saint-Cloud, y miraba fijamente el inmenso espacio donde se extiende ese Océano de ideas y pasiones que se llama la ciudad de París. Fatal estrella la de ese sitio real. Por comprarlo, por poseerlo, ascendió María Antonietta al favor de su esposo el aturrido Calonne, que tanto contribuyera á arrancarle la corona de la cabeza, y la cabeza á los hombros. En su alto mirador se despedia esta reina infortunada del inmortal Mirabeau, que corria á salvarla para encontrar tan solo una muerte pronta como si la Providencia hubiera querido romper entonces por inútil aquel instrumento de sus designios. Allí departieron el Emperador Maximiliano y el Emperador Napoleon sobre los asuntos de Méjico que debian tener un desenlace tan horrible. Allí se declaró la guerra de Prusia. El Emperador no queria pero la Emperatriz, asustada del oleaje de la libertad, temerosa de ver perdido á su hijo, arrancó la declaracion de guerra. Los jefes del partido militar olfateaban el suceso como los cuervos el cadáver. La Eumenide de las cóleras y de las venganzas, tomó su antorcha funeraria, tendió su cabellera de serpiente, rodó en sus sepulcrales órbitas los ojos que asesinan, y se dirigió al Rhin, á comenzar el incendio y la matanza. Veinte años tardó el mundo en ver el castigo providencial debido al bárbaro Cesarismo. Pero en verdad que iba á estar por lo cruel y por lo horrible, á la misma altura del crimen.

Al llegar á este punto, recorro á mi libro de Memorias. Este libro lo escribia yo en Madrid conforme iba recibiendo las noticias de la guerra. Esto tiene el inconveniente de mil conjeturas que no se cumplen, de mil noticias que no se confirman; pero tiene la ventaja de mostrar los hechos como un drama viviente. Leed, pues, mi libro de Memorias durante la guerra.